

BREVE HISTORIA DE FIDEL CASTRO

BREVE HISTORIA DE FIDEL CASTRO

Juan Carlos Rivera Quintana



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Fidel Castro
Autor: © Juan Carlos Rivera Quintana

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia R.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 9788497637640
Fecha de edición: Octubre 2009

*...adonde se vive entre paredones y cerrojos
también es el exilio. Y así,
con anillo de diamantes
o martillo en la mano,
todos los de acá
somos exiliados.
Todos.
Los que se fueron
y los que se quedaron.*

Rafael Alcides, *Carta a Rubén*
(su hijo exiliado).

ÍNDICE

Prólogo.....	13
Capítulo 1:	
Nacer en Birán	25
Dandy en el oriente cubano	29
Santiago es la ciudad que más me gusta	38
Capítulo 2:	
¿El Derecho y la aventura como profesión? ..	45
“El Bogotazo”: abrir caminos a patadas, codazos... y balas.....	53
“Bohemio” en la escalinata universitaria	58
Capítulo 3:	
Asalto al Cuartel Moncada (26-7-53)	69
¿Acción suicida?	72
Un marco de época necesario	79
Pa’ las montañas me voy	81
Juicio del Moncada (septiembre-octubre, 1953)	86

Capítulo 4:	
Presidio Modelo (1953-55):	
el agua por todas partes	93
La prisión fecunda.....	95
Libertad de lucha y deber.....	105

Capítulo 5:	
Exilio, desembarco y Sierra Maestra	
(1955-1958)	107
“México lindo y querido...”	109
Historia de amor y desamor	116
El yate Granma (1956):	
odisea ultramarina	118
Travesía y desembarco	122
“Ahora si ganamos la guerra”	
(1957-58).....	125
Dos años cruciales en la Sierra	
y las ciudades	130

Capítulo 6:	
La epifanía de hacer la Revolución	
(enero/1959).....	141
Transición y primeras medidas	150
“Operación Verdad”	157
Patria o muerte vs. patria o vida.....	159

Capítulo 7:	
Playa Girón (17 abril/1961),	
una victoria rotunda	167
Sedición y desaparición:	
dos grandes golpes	173
Permanente hostilidad	178
“No decimos cree, sino lee”	181
“Joyas” escondidas de la CIA.....	186

Capítulo 8:	
Crisis de los misiles (1962)	
y nuevos peligros	189
Riesgos de lo nuevo	196
Muerte del guerrillero Ernesto	201
Capítulo 9:	
Internacionalismo fidelista (1975)	
y otras contiendas	205
Un quinquenio muy gris.....	207
África: un nombre extraño	215
Capítulo 10:	
Anatomía de una desilusión.....	219
Búsqueda de mayores espacios	222
El poder “hermana” hombres	228
El uno bajo la sombra del otro	237
Bibliografía	241

Prólogo

En la isla, desde que tengo uso de razón he vivido rodeado-acompañado-invadido por una figura omnipresente en mi vida, casi con el don de la ubicuidad, una personalidad mesiánica, avasalladora, carismática, testicular, voluntariosa, convulsiva, taimada y castradora, que sabe de todos los temas y al que hay que consultarle para todo inexcusablemente. Y les confieso que no hablo de mi padre, aunque casi lo era, pero no por obra de la consanguinidad. Hablo de Fidel Alejandro Castro Ruz, ese hombre vestido con traje militar de fajina, color verde olivo, con charreteras sobre sus hombros, de rombo rojinegro y rama de olivo de Comandante en Jefe, casi 1,90 metros de estatura, mirada de águila desconfiada, ojos pequeños y escrutadores, barba icónica —ahora rala y casi blanca— nariz isleña, con un esqueleto óseo ancho e imponente y alrededor de unos 80 kilos, en sus mejores tiempos, quien ocupó durante casi 50 años (para ser más

exacto: 49 años y 49 días) el poder en mi país: la República de Cuba.

Crecí rodeado de sus ideas; su prédica; los cuadros con su efigie, disfrazada de guerrillero heroico; su verba aplastante y encendido de consignas revolucionarias; sus diatribas y enconos; sus utopías-proyectos; sus materiales “programáticos”, que luego eran discutidos en los círculos políticos de estudio y te daban puntaje a la hora de la evaluación escolar integral. De niño aún recuerdo las horas y horas de discursos en mítines y reuniones, que eran televisados por los únicos dos canales que teníamos y con varias retransmisiones. Muchas veces se le ocurría hablar a la tarde, cuando llegaba la hora de mis dibujos animados y admito que solo en esas oportunidades me permitía odiarle y deseaba que, al menos, se cortara la transmisión televisiva por un desperfecto técnico, pero nunca sucedía. Después se me pasaba porque Fidel —“El Caballo”, como se le conoce en Cuba— era el que trabajaba a deshoras, el que luchaba contra el imperialismo yanqui, el que trazaba la línea política de mi país. Era Fidel el “benefactor” de todos los cubanos, el que decía lo que había que hacer; era el médico de familia, el vanguardia, el trabajador azucarero destacado, el político que nunca se equivoca, el estratega económico, el científico preeminente, el editor “perfecto”, el censor acucioso... Sin duda, lo era todo. Estaba en todos los lugares y lo abarcaba todo panópticamente... era el ojo que todo lo ve. Para más acoso, antes se ponían unos cartelitos en las entradas de las puertas de las viviendas cubanas que rezaban: “Esta es tu casa, Fidel”, o sea que ni viviendas teníamos, todo le pertenecía, por mandato divino y político al Comandante.

La primera vez que le vi personalmente yo estaba haciendo una guardia a la entrada de mi escuela secundaria, la Vocacional “Vladimir Ilich Lenin”, ubicada en el municipio capitalino de Arroyo Naranjo. Dicha institución con 4.500 alumnos, bajo régimen de internado y con disciplina militar, era otro proyecto, un sueño del Comandante, donde se formarían los nuevos cuadros políticos, los científicos, los artistas, los intelectuales, los ingenieros cubanos... Así se enunciaba entonces. No podía ser de otro modo en Cuba, donde todo lo pensaba y diseñaba él.

La institución estaba, en ese momento, en plena fase de terminación (había comenzado su proyecto y construcción en 1972, bajo la dirección del famoso arquitecto Andrés Garrudo), pero ya albergaba e instruía a los estudiantes de secundaria y preuniversitario. Faltaban pocos días para su inauguración y aquella mole de dormitorios, pabellones de clases, laboratorios de idiomas, anfiteatros, museos, comedores, centros de cálculos, bibliotecas, pistas de atletismo, huertos, áreas verdes, piscinas olímpicas, tanque de clavados y hasta un hospital y todo lo inimaginable ya tenía una dimensión imponente, abigarrada y descomunal, a un costado de la carretera, justo en el kilómetro 23 del centro de la ciudad habanera.

Recuerdo que era fin de semana y yo tenía puesto mi uniforme de caqui oscuro, de las labores agrícolas, y traía un palo de escoba en la mano. Era mediodía y el sol calcinaba demencialmente: 32 grados a la sombra. Yo rezongaba y maldecía de aquella guardia que me impediría ir ese sábado a mi casa para degustar los frijoles negros y las comidas de mi madre. Justo cuando estaba con esos pensamientos, vi por una esqui-

na de la garita principal donde me encontraba un *jeep* militar seguido de dos o tres autos más. Los vi entrar a toda carrera por la puerta y levantar una nube de tierra colorada y polvo amarillo. Me pegué un susto tremendo y solo atiné a levantar el palo, cuando el auto militar paró en seco dando un patinazo ridículo. De la ventanilla del auto, una cara barbuda que conocía muy bien, con gorra guerrillera me gritó, con un dejo de ironía:

—¿Y solo con ese palo pretendes defender la Revolución?

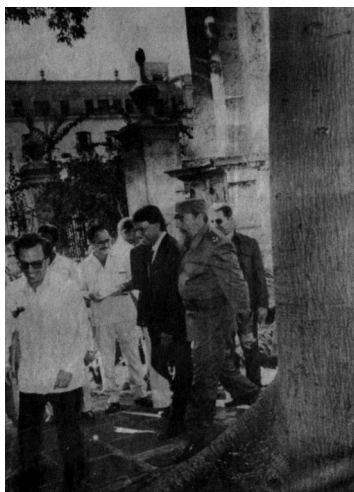
Era Fidel.

Yo solo atiné a reírme con nerviosismo y me mantuve mudo por la sorpresa, sin emitir palabra alguna por unos instantes y luego le contesté:

—Se hace lo que se puede... Si no hay pan se come casabe, como dicen los guajiros de Oriente.

El lanzó una carcajada estruendosa y me dijo que iba a recorrer la escuela para ver cómo estaba quedando y si estaría terminada para la inauguración, que si lo autorizaba a entrar. Entonces, me cuadré militarmente, con el palo de escoba como fusil sobre el hombro y le hice un saludo militar, en señal de aprobación. El *jeep* voló como un zeppelin hasta perderse de vista. Para ser mi primer encuentro con el caudillo tropical no estuvo nada mal. Después, a lo largo de mi vida —y ya como periodista profesional— me acostumbraría a verle con sistematicidad. Hasta me atrevería, en mi época de reportero de la *Revista Bohemia*, la decana de la prensa nacional, a salir justo en medio de sus discursos, pues ya sabía hasta el hartazgo qué diría y cuáles eran las cifras de las que echaría mano para hablar de

Felipe González y Fidel
dan tres vueltas a la ceiba
en el Templete, en
La Habana, y piden
un deseo. Junto a ellos,
el autor del libro.



las bondades de la medicina, de los proyectos educativos, del desarrollo económico y de los “progresos” de la Revolución.

Días después, el 31 de enero de 1974, se inauguró la Escuela Vocacional Vladimir Ilich Lenin. Ese día fue mi segundo encuentro con el Comandante. Yo había sido designado para estar en el momento del recorrido de las autoridades políticas por la institución docente a un aula de artes plásticas, donde se estaría desarrollando una clase práctica de pintura. Fidel entró acompañado por una numerosa delegación extranjera, el cuerpo diplomático acreditado en la isla y por si fuera poco por el mentor, guía espiritual y padrino del alumnado: Leonid Ilich Brezhnev (1906-1982), secretario general del Partido Comunista (PCUS), de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La escuela había costado una fortuna y sería el rostro visible para el exterior del interés del proyecto

gubernamental por la educación, entonces había que mostrarla. Fidel persistentemente manejó, a cada momento y con la oportunidad adecuada, el marketing político, en eso siempre fue un verdadero experto. Por ello habíamos recibido de la URSS todo el mobiliario escolar, los útiles de laboratorios de física, química y biología, los equipos de audio de las cabinas de las aulas de lenguas extranjeras, los instrumentos agrícolas para el huerto escolar, que serviría para implementar el famoso método, que él denominó martiano, de combinar el estudio con el trabajo, pues solo de esa manera se llegaría a formar el verdadero comunista insular. Pobre José Martí (1853-1895), lo convirtieron en el autor intelectual, en el artífice de cuántos inventos o engendros surgieron en el camino; debe estar todavía disgustado en el paraíso o donde quiera que esté de tanto protagonismo y culpas malsanas.

Cierro los ojos y me parece volver a verle, en ese momento, con el rostro luminoso, casi insolente de alegría mostrar cada detalle de aquella institución, que formaría al “hombre nuevo” comunista. Nunca olvidaré a Brezhnev, que ya parecía una momia embalsamada, con aquel traje azul, lleno de condecoraciones de guerras y glorias pasadas, de medallas hasta en las mangas, cuyo peso casi le impedía moverse. Con aquel ambo de tela gruesa en medio de un trópico abrasador no me podía imaginar lo incómodo que se sentiría. El pobre anciano sonreía con cada palabra que el traductor ruso le prodigaba mostrándose interesado en todo, aunque en la práctica se estaba asando, literalmente, de calor como cerdo en púa, en fiesta de fin de año cubana.

En la clase de artes plásticas se nos había dado como ejercicio pintar una naturaleza muerta

y el instructor había puesto, encima de una mesa, en el centro del aula frutas: piñas, un mamey, plátanos maduros y una manzana de cera, porque en nuestro país una manzana de verdad siempre fue un espejismo. Con ello se había armado una composición modélica para dibujar. Cuando ellos llegaron, estábamos diseminados por todo el amplio laboratorio, inmersos en nuestra tarea, algunos con más talento que otros, pues esa clase formaba parte de la cursada de estudios de la nueva escuela para formar a hombres y mujeres sensibles en la apreciación del arte, según decían los estatutos programáticos de la institución, con pretensiones vocacionales. Pero no era más que una puesta en escena para los visitantes, pues era la primera clase que recibíamos y nuestros caballetes, potses de pintura, pinceles, sillas y hasta las cartulinas, de papel importado, que envidiaría cualquier pintor profesional de la isla, habían sido traídos a las corridas el día anterior para armar aquel retablo “plástico”.

Fidel explicaba, entonces, las propuestas educativas de la escuela y la posibilidad que ella brindaba de ir contribuyendo con la orientación profesional de los alumnos; de ahí que funcionarían talleres de teatro, danza, música, agrupaciones corales, etc. Al mirar los trabajos de algunos de mis compañeros los elogiaba con frases muy alentadoras; a otros les corregía alguna línea con “delicadeza” militar o le daba una recomendación, pues también hasta de arte pictórico sabía. Cuando llegó a mi caballete y miró de reojo lo que estaba pintando me comentó, medio en sorna, medio en son recriminatorio:

—Pero eso es una interpretación libérrima de las frutas. En mi vida nunca vi —y vengo del campo— plátanos azules, ni manzanas grises,

tampoco una piña con penachos tan grandes de color morado.

Solo acerté a mirarle fijamente a los ojos.

—El profesor habló de un ejercicio libre y yo me tomé muy en serio la consigna; quizás se me fue la mano con la creatividad.

Le contesté a modo de disculpas, intentando restarle tenor a lo que no era más que mi primer disenso, ya a los 14 años, con el Comandante en Jefe... posteriormente llegarían muchos más desacuerdos y muchas más desilusiones. Ese día advertí, a pesar de mi adolescencia, que para Fidel los conceptos de libertad y creatividad estaban ya bastante acotados y torcidos.

Después vendrían otros encuentros-desencuentros, otras anécdotas, que iré contando en la medida en que vayamos llegando a los hechos y recorramos juntos este derrotero sobre la vida, los aciertos y equívocos de Fidel Alejandro Castro Ruz (¿Fidel Casiano, Fidel Hipólito?, según las partidas de nacimiento y las distintas inscripciones), que pretende reconstruir, sin mitificaciones, la verdadera historia de uno de los líderes latinoamericanos y mundiales más discutidos y apasionantes del siglo XX, su espíritu casi camaleónico para atemperarse a las coyunturas históricas y la impronta que dejará, a su muerte, en las nuevas generaciones de la isla.

La obra intenta repasar el recorrido de la Revolución Cubana (1 de enero de 1959) y su proceso histórico dado a través de la figura tropical de su artífice, estratega y caudillo, revelando al hombre que hay detrás de ese mito, convertido en una de las figuras icónicas de todo un siglo. La evaluación está dada con la mirada de un cubano, nacido en 1960, que estuvo muy comprometido con el proceso revolucionario y hoy vive autoexi-

liado en Buenos Aires (Argentina), descrece de la política como profesión vitalicia, de los gobiernos atornillados a las sillas del poder y excesivamente personalistas y autoritarios.

La Revolución Cubana fue un proceso de insurrección nacional, un movimiento social, políticamente heterogéneo, que surgió como una reacción necesaria contra el gobierno de facto, de seis años y medio, de Fulgencio Batista y Zaldívar (1901-1973), conducido por ese “soldado de las ideas”, (como se autodefine), Fidel Castro Ruz, y otro grupo de jóvenes rebeldes, en su mayoría procedentes de las filas de la clase media, los trabajadores y los universitarios cubanos, que se envolvió en un aura libertaria y optó por la vía violenta para poner fin al régimen, instaurado tras el golpe del 10 de marzo de 1952, en momentos en que muchos isleños luchaban por restaurar los principios de la Constitución de 1940 y eran asesinados por la policía batistiana, entre 1957 y 1958.

Fidel Castro Ruz, llegó al poder con un doble perfil identitario: nacionalista y populista, ceñido a un discurso de restauración democrática y fue trocando su proyecto hasta instaurar un castrismo, que pasará a la historia como un “cesarismo de base comunista”, según la acertada definición del historiador español Antonio Elorza. El triunfo de su proyecto unipersonal y su conducción estratégica tuvo una gran repercusión y adquirió legitimidad, sobre todo entre los representantes de la izquierda de América latina y los sectores académicos intelectuales europeos del Primer Mundo, en la década del 60'. Fidel Castro protagonizó además algunos jalones importantes de la historia latinoamericana como los sucesos de Bahía de Cochinos en 1961, que pasaron a la posteridad

como la “primera gran derrota del imperialismo yanqui, en América”; la Crisis de los Misiles en 1962, la ayuda financiera y entrenamiento militar en suelo cubano de muchos integrantes de los movimientos guerrilleros centroamericanos; la alianza del Gobierno revolucionario con la Unión Soviética y el proceso de soviétización de la sociedad cubana, de los 70’ y 80’ o la desovietización de los 90’, hasta llegar al colapso económico, la incompetencia burocrática, la corrupción a gran escala, el racionamiento, la esclerosis asfixiante de la vida cotidiana y la pervivencia de un régimen no democrático en la isla, que restringe libertades tan caras para los seres humanos, como el derecho a entrar y salir del país y a expresarse libremente.

Como ha dicho, recientemente, el ensayista cubano Rafael Rojas, “la historia de la revolución cubana es, en alguna medida, la historia del cuerpo de Fidel Castro”. Y convengamos que, en la actualidad, ese cuerpo hemorrágico y desgastado, debido a un crecimiento fulminante de células enfermas y tripas debilitadas, no logra regenerarse, como tampoco consigue la isla salir del precario estado de salud económica y social en la que ha quedado sumida después del retiro formal del anciano mandatario.

Esta obra será pues un itinerario por los avatares existenciales de ese patriarca caribeño, conocido llanamente por el nombre de Fidel: de rebelde con causa, a gestor y artífice de un proyecto que ilusionó a toda una generación y hoy suscita todo tipo de sentimientos, menos la indiferencia; todo tipo de adhesiones; muchos rechazos y, sobre todo, la diáspora imparable de sus propios protagonistas, en una cifra de más de dos millones de ciudadanos. Sin titubeos, esta no

será una biografía autorizada, ni mucho menos oficial y apologética; tampoco el periplo acre, corrosivo, ciego y amargo por una vida, responsable —en mucho todavía— de las felicidades y desgracias del pueblo cubano, que actualmente está a la espera de la muerte de su caudillo con la esperanza de que venga un cambio fundacional que les devuelva las ilusiones y el tiempo perdidos.

1

Nacer en Birán

Nadie parece partir ni retornar porque tal vez es más sencillo desearlo; los batientes anuncios de tormenta son escuchados apenas, y quienes miran al mar siguen masticando con la misma lentitud.

Emilio García Montiel, en *Bitácora*.

Lina Ruz González (1903-1963) no era primera, ya sabía lo que era traer hijos al mundo. Fidel iba a ser el tercer vástago, de una zaga donde estaban ya Ramón Eusebio (14.10.1924) y Ángela María (02.04.1923). No se podía hacer otra cosa que tener hijos, en medio de ese latifundio, de 10.000 hectáreas, en un sitio llamado Birán, en Mayarí, actual provincia de Holguín, la más oriental de la isla cubana, un pedazo de tierra negruzca, de temperaturas altas, casi asfixiantes y poca humedad, donde ni luz eléctrica había, perdido allá donde el diablo dio las cuatro voces y nadie lo escuchó.

La noche del 12 de agosto de 1927, comenzó a sentir fuertes dolores en la barriga y algunas contracciones en el bajo vientre y pensó que ya faltaba poco. Días antes, mientras paseaba por el inmenso naranjal, ubicado en el patio de la casona, le pareció que se orinaba, pero se tocó el pantalón interior y se dio cuenta que eran puras ilusiones; después solo sintió unos feroces punta-piés en la barriga picuda y presintió que el parto no iba a ser fácil.

La madrugada del 13 de agosto, cuando nació Fidel, su madre se incorporó de la cama e intuyó algo raro. Había tenido una premonición o había soñado, no sabía bien, que traería al mundo a una chiquilla rubia, de ojos azules relámpagos y piel de nácar, tan pálida y fina que parecía quebrarse. Esto la despertó sobresaltada y pegó un quejido, que se escuchó en toda la casona tipo chalet, de madera machihembrada, con techo de lata, edificada sobre pilotes de caguairán y otros troncos cimarrones del bosque. El alarido despertó e incomodó a Angel María Bautista Castro Argiz (1875-1956), su marido, un gallego medio bruto y cascarrabias, semi-analfabeto, proveniente de Lánacara, en la provincia de Lugo, en Galicia, España, propenso a comer demasiado y con gran talento para la organización y las cuentas, que comenzó como cortador de cañas y terminó con una fortuna notable, cercana al millón de dólares. Había comprado aquel pedazo de tierra, que consideraba una mina de oro, con un dinero del retiro que España ofrecía por la participación militar en la Segunda Guerra de Independencia, de 1895, contra los mambises cubanos y en su segundo viaje a la isla se “aplatanó”, se instaló para siempre.

Lina era una guajira isleña, natural de Las Catalinas, Guane, Pinar del Río, semi-analfabeta,

hija de un turco comerciante y una cubana pina-reña, con cara de resignación, ancestros españoles (canarios) y fama de tener ciertos poderes de adivinadora con las barajas de las copas y los bastos. Desde que cumplió los 18 años y se hizo toda una señorita, llamaba la atención por su aire desenvuelto en las casas donde se desempeñaba como empleada doméstica, su locuacidad, unos ojazos color tizón encendido y aquellas piernas larguísimas que parecían no tener fin, que serían la codicia de los viejos propietarios gallegos de feudos orientales, que soñaban con tenerla entre sus brazos, aunque más no fuera una noche, hasta que Ángel, aún casado legalmente, decide juntarse en concubinato y convertirla en la señora de la casa. En 1918, contrae matrimonio con “el patrón” quien ya se había divorciado de su primera esposa María Luisa Argote, una maestra de Birán, con la que tuvo dos hijos: Pedro Emilio y Lidia. Algunos testimonios la recuerdan como una mujer alta y resuelta, que recorría las posesiones de los Castro a lomo de caballo, armada con un fusil americano Winchester y rara vez se la veía en la casa familiar como esposa hogareña y hacendosa.

Después de aquel alarido, Lina se levantó de la cama y descubrió que había roto la fuente y todo el colchón se había empapado. Caminó en silencio para no enojar a Ángel hasta un cuartito al final de la cocina, donde se estaba quedando por esos días la partera del batey, a la espera de que la señora alumbrara a la criatura. Entonces, sobrevinieron los dolores de parto y gritó cansinamente, pues ya se sintió manchada de sangre las piernas.

La comadrona solo atinó a llevarla a la sala, donde el viejo reloj de pared lanzaba dos campanazos secos, en la madrugada, y a acomodarla en un gastado sofá de madera y pajilla, pues ya

venía saliendo una cabeza muy grande entre las entrañas de la señora. Afuera llovía copiosamente y tronaba con furia. Cuando pudo palanquear a la criatura, con las manos y unos pedazos de sábanas viejas, que ya tenía preparadas, y tiró del cuello para facilitar el trabajo de parto, un bebé, de 12 libras de peso, berreó y se proyectó hacia el exterior cual una bala de grueso calibre. La partera trozó el cordón umbilical y comenzó a limpiar al chiquillo. Se lo mostró a la madre, quien aún sentía como si las tripas le estuvieran saliendo para afuera. Lina lo miró con dulzura, como solo saben hacerlo las madres generosas y comprobó que era un varón sano. Le llamó la atención que seguía pataleando y no dejaba de llorar intentando asirse a los brazos de la comadrona, como una forma de aferrarse a la vida. La partera, en ese momento, lanzó una frase premonitoria, que voló por la habitación como ánima en busca de cobija:

—Señora, este es más cabezón que los otros dos, de seguro será muy inteligente, pero llegó para quedarse y hacer de las suyas porque no quiere soltarme ni a palos.

El mismo Fidel Castro ha contado que llegó al mundo “poco después de las dos de la madrugada, en una noche de ciclón, plagada de truenos, relámpagos y lluvias torrenciales”. Posteriormente, Lina traería otros cuatro hijos más, a quien les puso por nombres: Raúl Modesto (03-04-1931); Juana de la Caridad (06-05-1933); Emma Concepción (02-01-1935) y Agustina del Carmen (28-08-1938). De todos ellos a Fidel solo le unirán lazos entrañables, que pasan sobre todo por lo ideológico, las complicidades y el poder, con Raúl.

DANDY EN EL ORIENTE CUBANO

Fidel ha dicho, repetidas veces, que el hombre es hijo de las circunstancias. Y precisamente él lo ha sido más que nadie en este mundo. Nació en un hogar acomodado, con influencias y contactos políticos y por ello fue formando un espíritu rebelde, antojadizo, consentido y hasta extravagante, que incluso le permitió manejar un automóvil de lujo, un Ford, desde temprana edad, en aquellos caminos polvorientos, entre negros haitianos, jamaicanos, españoles y judíos europeos en tránsito. Al hablar de sus orígenes ha reconocido haber nacido en un familia rica: “Recuerdo —ha apuntado— haber tenido varios pares de zapatos, cuando los demás niños iban descalzos y no haber tenido falta de nada en la vida”.

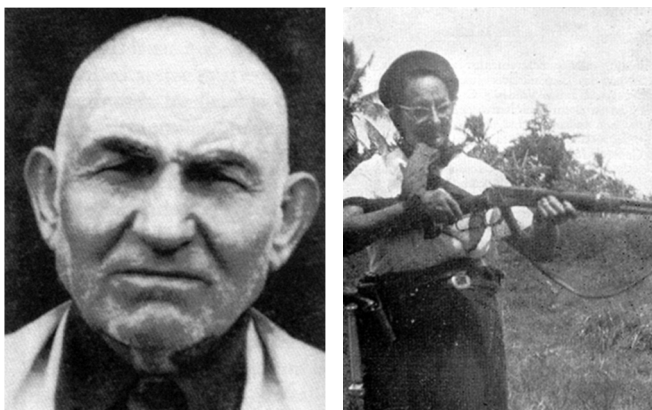
Birán no era un pueblo como tal, más bien un batey, una especie de feudo, donde Ángel era el mandamás, responsable en mucho de la formación y “prosperidad” de aquel caserío. La propiedad fue adquirida en 1914 por el patriarca de los Castro, quien venía de Galicia, España, y compró unas 300 hectáreas por un valor de 375 pesos (entonces equivalente a dólares) para la producción forestal, el cultivo azucarero y la cría de ganado. Lo primero que se edificó fue la casa familiar, de dos plantas, que terminó con unas 10 habitaciones, un cobertizo debajo para vacas y aves de corral y el camino real o guardarraya de acceso, que cuando llovía (de Pascua a San Juan) se ponía intransitable. Con el tiempo tiene lugar en Birán un anárquico proceso de “urbanización”, cuando son edificadas la panadería, la bodega, el taller de herramientas agrícolas, la taberna, una escuela, un correo-telégrafo, el bar-restaurante, una valla de gallos para la lidia y



Fidel cuando apenas tenía cuatro años, en el patio de la casona de Birán.

hasta un hostel, adonde pernoctaban las personas o familias de origen judío, provenientes de Europa, que huían de la guerra y el fascismo y querían entrar a Estados Unidos, utilizando la parte más oriental de la isla, su posición geoestratégica, como trampolín para llegar clandestinamente a la Florida. Aquel era un negocio de contrabando humano que rendía pingües utilidades, donde el padre de Fidel hizo una gran parte de su enjundiosa fortuna.

Pero en honor a la verdad, mucho de su patrimonio inicial se lo debe, también, a sus dotes organizativas, al frente de varias cuadrillas de braceros haitianos, jamaicanos y españoles emigrantes (alrededor de 300 hombres), que trabajaban sembrando y cortando caña de azúcar o talando bosques para producir leña con destino a las calderas de los ingenios azucareros y las vegas tabacaleras de la zona. Aquel trabajo de sol a sol de los peones por un mísero jornal para la



En estas fotografías puede apreciarse a los padres de Fidel: Ángel María Bautista Castro Argiz y Lina Ruz González.

tristemente famosa United Fruit Company, un monopolio norteamericano establecido en el centro norte oriental de la isla, con aproximadamente 120.000 hectáreas, le proporcionaba, además, muchos utilidad y le permite hasta comprar un latifundio familiar cañero (Manacas), de más de diez mil hectáreas. Entonces, Ángel Castro se convierte en uno de los hombres más ricos de Mayarí.

Relatan algunos biógrafos, incluso una fuente como Alina Fernández, la hija indócil de Fidel, sin el apellido Castro, en su libro *Alina, memorias de la hija rebelde de Castro* (Plaza & Janes, Barcelona, 1997) que los peones que trabajaban bajo las órdenes de su abuelo paterno recibían una magra cantidad de cupones y vales para comprar en la bodega, de la que Don Ángel —como se hacía llamar— era también dueño y señor.



Alina Fernández, la hija de Fidel, que no utiliza su apellido Castro, desde su exilio en Estados Unidos escribió en su libro *Alina, memorias de la hija rebelde de Castro*, que su abuelo abusaba de los peones que trabajan para él pagándoles con cupones que debían utilizar como vales de compra en la tienda que él también regentaba.

El entorno político de Don Ángel Castro era heterogéneo. Entre sus amigos se contaban influyentes militares, como el que posteriormente llegaría a ser el General golpista y dictador Fulgencio Batista y Zaldívar (nacido en Banes, Oriente); el millonario y político, Fidel Pinos Santos, quien había prometido bautizar a Fidel y convertirse en su padrino, pero no lo concretó. Aun así ese personaje con una nutrida red de contactos navales, salvoconductos e influencias diplomáticas fue muy aprovechado por el patriarca de la familia Castro.

También se conoce la excelente amistad de Don Ángel con el prominente político y alcalde de Banes (1932) Rafael J. Díaz Balart, padre de Mirta Francisca de la Caridad Díaz-Balart, quien se convertiría en la primera esposa de Fidel y madre de su primogénito Fidel Félix, historia a la que nos referiremos más adelante. Quizás la punta del ovillo de dichas relaciones —como han referido el historiador cubano José A. Tabares y el afamado periodista Mario Kuchilán— habría que buscarla en Carmela Zaldívar, la madre de quien luego se convertiría en presidente de facto de la isla, el General Fulgencio Batista y Zaldívar. La progenitora del dictador trabajó, durante mucho tiempo, como cocinera de la acaudalada y católica familia Díaz-Balart. De ahí vendrían los acercamientos amistosos de estos personajes, que luego pasaron a convertirse en actores importantes de la política cubana.

Mención aparte merece la extravagante historia, las jocosas idas y vueltas —con mucho de sainete vernáculo insular— que acompaña la inscripción notarial del nacimiento del futuro conductor de masas. Según se conoce y festeja públicamente, Fidel nació el 13 de agosto de



El entorno político de Don Ángel Castro, el padre de Fidel, era heterogéneo. Entre sus amigos se contaban influyentes militares, como el General golpista y dictador Fulgencio Batista y Zaldívar.

1926. Pero todo coincide en apuntar que se han deslizado algunos errores en esa efeméride, relacionados con el año de nacimiento, los nombres y hasta los apellidos. Y parecería que tiene, incluso, un año menos de los 83 que dicen.

Quien primero advierte esas imprecisiones es la escritora brasileña Claudia Furiati, que investigó durante 9 años para documentar el libro autorizado: *Do menino a guerrilheiro* y tuvo acceso a los archivos personales del mandatario, que se guardan celosamente en lo que antes había sido la residencia habanera de la confidente y secretaria personal de Fidel, Celia Sánchez Manduley (1920-1980). Ella relata que existen tres partidas de nacimiento, custodiadas bajo siete llaves, que fueron realizadas en los años 1935, 1938 y 1941 y un registro de bautismo en la Catedral de Santiago de Cuba. En esos documentos de nacimiento y bautismo aparecerá, indistintamente, con los apellidos de la madre y los nombres de Fidel Hipólito, Fidel Casiano o Fidel Alejandro (hay que recordar que cada 13 de agosto se celebra, en el calendario católico, el cumpleaños de San Hipólito Casiano) y quizás ello explique los cambios de nombres, cada vez que se redactaba una partida.

En relación con la omisión del apellido Castro en los primeros dos documentos se explica por el hecho de que el progenitor aún no se había divorciado de su primera esposa, la maestra María Argote y de acuerdo con las costumbres de la época no estaba permitido que sus nuevos hijos aparecieran con el apellido paterno en los documentos de identidad, hasta tanto el divorcio no fuera firme jurídicamente. No es hasta su tercer documento de identidad que aparecerá con el nombre definitivo y los apelli-

dos que llevará en la vida: Fidel Alejandro Castro Ruz.

Se conoce que en la segunda partida de nacimiento conservada se anota que nació en 1926 y tiene un año más de vida. Detrás de la adulteración de la fecha se esconde la intención manifiesta de poder matricularlo en el Colegio de Belén, adonde ya estaba su hermano Ramón y se exigía un requisito de edad para la admisión y el régimen de internamiento. Por ello el padre pagó 100 pesos al secretario notarial del Registro Civil para que hiciera la necesaria modificación en el papel, lo que pone al desnudo que el líder tiene un año menos de los que festeja y que nació en 1927. Además, ya en la década del 50, Lina y tres de sus hermanas habían rectificado públicamente que Fidel había nacido en 1927 y en la primera entrevista que le hiciera la prestigiosa periodista norteamericana Bárbara Walters, en los años 70, el caudillo confesó sobre el tema: “Escojo la fecha menos favorable”.

Quizás ello aclare el porqué en otra entrevista de casi cien horas que el periodista español, Ignacio Ramonet mantuvo con el Comandante, editada para el exterior bajo el título: *Fidel Castro: Biografía a dos voces*, el propio protagonista dijera, no sin cierta tibieza y dubitación: “En esa casa nací yo (se refiere a Birán), el 13 de agosto de 1926, a las 2:00 de la madrugada, *según cuentan* (la cursiva es nuestra)”. No corroborando ciento por ciento los datos. En el campo era habitual inscribir a los hijos cuando sus padres podían ir a la ciudad, pasado algún tiempo o incluso años y ello pudo contribuir con los errores o adulteraciones en nombres y fechas.

Fidel tenía 4 años cuando, como oyente en la escuelita, aprendió a leer y a garabatear frases

viendo escribir con la tiza en la pizarra a la maestra y a los demás compañeros. Desde entonces ya era dado a las travesuras y las respuestas liberales, propias de uno de los hijos ricos del terrateniente. La maestra iba siempre a la casa, y comía con la familia, pero en la escuela —y por orientaciones de Lina— si era preciso un castigo no dejaba de aplicarlo, pues la obediencia era importante para endurecer el carácter y ahí no valían influencias ni rangos sociales. Así, el chiquillo alcanzó muchos reglazos en las palmas de las manos o penitencias detrás de la puerta, hincado de rodillas sobre chapas de gaseosas.

La escuelita pública rural, de una sola aula, construida con maderas de palmas reales y techo de zinc acanalado, ubicada a escasos kilómetros del feudo, tenía una maestra, llamada Eufрасita Feliú, que venía de Santiago de Cuba, en la mañana, a impartir los conocimientos elementales. Al colegio asistían muy pocos chicos que estudiaban hasta quinto grado, divididos por filas, pues la mayoría eran muy pobres y ayudaban a sus padres en las jornadas de los cañaverales. Cerca del aula se divisaban algunos barracones y chozas con piso de tierra y techo de guano seco, donde vivían innumerables familias haitianas, de manera misérrima, que muchas veces alcanzaban a comer del excedente o las sobras, proveniente de la casona de los Castro, que les era entregado en grandes latas de aceite.

De chico sus juegos más acostumbrados, como cualquier guajirito de su edad, eran cazar pájaros con tirapiedras, seleccionar frutas en las arboledas, bañarse en los ríos, montar a caballo por los llanos y las tierras premontañas, repletas de marabú, hurtar miel de los panales de abeja o jugar al dominó en el patio de la casona, debajo de unas

matas de ciruela, donde armaba grandes peleas y discusiones porque, desde entonces, no le gustaba perder ni a las postalitas. Ya en esos momentos solía dar órdenes a las hordas de chiquillos, que siempre le acompañaban y estaban obligados a seguirle sin chistar ni poner caras de malas uvas.

Desde esos momentos ya despuntaba un temperamento rebelde y enrevesado. No por gusto, hasta uno de sus amigos más perseverantes e íntimos, el célebre escritor colombiano, Gabriel García Márquez, que aunque le frecuentó ya de grande, conoce por boca del mismo líder muchas anécdotas de su infancia

(...) su personalidad es tan compleja e imprevisible, que cada quien puede formarse una imagen distinta de él en un mismo encuentro. Una cosa se sabe con seguridad: esté donde esté, como esté y con quien esté, Fidel Castro está allí para ganar. No creo que pueda existir en este mundo alguien que sea tan mal perdedor. Su actitud frente a la derrota, aún en los actos mínimos de la vida cotidiana, parece obedecer a una lógica privada: ni siquiera la admite, y no tiene un minuto de sosiego mientras no logra invertir los términos y convertirla en victoria (...).

Posteriormente, el pueblo cubano sería testigo y sufriría en carne propia de muchos “reveses convertidos en victoria”, por el gobernante.

SANTIAGO ES LA CIUDAD QUE MÁS ME GUSTA

Birán estaba de Santiago de Cuba a unos 70 kilómetros. Fidel había escuchado muchos relatos de la gran urbe, de aquella calle que era una

escalera, que llamaban Padre Pico; de los trovadores que tocaban sus laúdes al pie de las puertas y entonaban canciones y sones tradicionales para amenizar las noches de fullerías; de las mujeres, que tejían randa en los descansillos de las ventanas y de sus pobladores con un trato desenfadado, hospitalario y abierto. Por eso, cuando con seis años y como consecuencia de su destacada inteligencia, sus padres deciden enviarlo a la “Perla del Caribe”—como le llamaban popularmente ya a la pintoresca ciudad— junto a su hermana Angelita, (que le llevaba tres años y cuatro meses), bajo el cuidado de la que había sido su profesora en Birán, dio saltos de alegría, pues siempre tuvo ese espíritu aventurero y muchas ansias de curiosear nuevos lugares.

Pero salir del paraíso de abundancia, que representaba Birán, y del resguardo de sus padres, para llegar a una casita de madera, con techo de tejas rojas, donde llovía más adentro que afuera, por el estado calamitoso del techo, con dos cuartitos angostos, en la Loma del Intendente, en la calle Tivolí —un barrio de gente muy humilde, que se alumbraba con electricidad y lámparas de petróleo para ahorrar—, significó un cimbronazo muy fuerte. El contacto con otra realidad social en la metrópoli capitalina oriental fue una de sus primeras escuelas de vida. Estaba en pleno apogeo la dictadura de Gerardo Machado y Morales (1871-1939), una de las épocas más sangrientas de la historia nacional.

Sobre este periodo de su existencia ha contado que lo que más le estremeció fue salir del monte, de la tierra adentro y ver por primera vez el mar abierto, teñido de añil, de la Bahía de Santiago de Cuba. Ha evocado, además, que se quedó casi congelado e impávido al ver el

estruendo del fuerte oleaje contra las rocas y el fortín del Faro del Morro. También ha confesado que hasta pasó mucha hambre, pues vivían de una cantinita de comida, que llegaba al mediodía, para unas siete personas, incluyendo a su hermano Ramón, que se une al grupo posteriormente. Se ha lamentado sobre la esterilidad de ese tiempo, en que no aprendió nada, a nivel educativo, pues no recibía ninguna clase y pasaba horas y horas escuchando un achacoso piano, en unas clases de música, que impartía una de las hermanas Feliú. Pero su espíritu inquieto le lleva a aprender solo a sumar, multiplicar, restar y dividir, en un maltrecho cuaderno escolar.

A los oídos del clan Castro llegan las noticias del mal estado en que vivían sus tres hijos en la ciudad, del hambre que pasaban, a pesar de los 120 pesos por persona, que recibían los tutores de la casita de Tivoli. Entonces, Lina decide hacer el viaje y se apersona en el lugar para comprobar con sus propios ojos los desafortunados rumores. En un santiamén los chicos son rescatados del misérrimo lugar y llevados de vuelta al batey donde nacieron.

Pero ya en enero de 1935, Fidel es enviado, nuevamente, a Santiago, para cursar el primer grado, como alumno externo, del católico Colegio de La Salle y comienza a recibir sus clases con sistematicidad, aunque se tiene que contentar con seguir viviendo, nuevamente, y durante aproximadamente tres años, en la casa de su antigua maestra Eufрасita Feliù, donde se había sentido tan mal, que ahora se había mudado a una vivienda más amplia y confortable, en la calle Rabí No. 6, ubicada cerca del Instituto de Segunda Enseñanza de la ciudad santiaguera.

En la Catedral de Santiago de Cuba, ya con 8 años, fue bautizado, por la hermana de su maestra, que era profesora de piano y su esposo, Luis Hibert, quien se desempeñaba como cónsul de Haití, en la región, pues era preciso para asistir a un colegio católico haber tomado los sacramentos. Bajo el altar, con la efigie del Cristo Redentor y la mirada apacible de la Virgen de la Caridad del Cobre, la Santa Patrona de Cuba, recibe los servicios religiosos del bautizo, en un santuario, que aún hoy está considerado una de las joyas de la arquitectura insular y ostenta el triste récord de haber sido reconstruido en cuatro ocasiones, debido a los rigores de incendios, en tiempos de corsarios y piratas; terremotos y azotes de huracanes.

Del Colegio de los Hermanos La Salle, iba y venía solo caminando por las calles santiagueñas para la hora del almuerzo y después regresaba a la escuela con el fin de asistir a la sesión de clases de la tarde. De ese momento, Fidel ha contado que lo obligaban a comer vegetales a la fuerza y lo amenazaban con ponerlo en régimen interno si no se portaba correctamente, pues en la casa imperaban las costumbres francesas, impuestas por su padrino y su madrina, y “una disciplina casi feudal”. Fueron tantas sus rebeldías y los fuertes encontronazos con sus tutores, que terminó interno en el establecimiento docente en el segundo semestre del primer grado. Allí, liberado y feliz, podía jugar con los demás alumnos, practicar deportes e ir a nadar a la playa o visitar el campo y ascender montañas, durante los jueves y domingos de cada semana.

En un pequeño balneario de la bahía de Santiago, con instalaciones deportivas, disfrutaba del contacto con la naturaleza, de los juegos

de béisbol, de la natación, la pesca y la vida libre, que tanto ambicionó siempre. En esa escuela estuvo aproximadamente 4 años, hasta que ingresa al Colegio de Dolores, otra escuela privada y católica, en la capital oriental de la isla, dirigida por la Compañía de Jesús, donde concluye sus estudios primarios. Dicho centro educativo (donde en la actualidad se conserva un pupitre vacío, en un aula del segundo piso, como recordatorio de su paso) ha sido calificado por el líder, en uno de sus interminables discursos, como “un rígido internado segregacionista, donde los varones estaban a distancia infinita de las hembras, separados en escuelas que estaban a años luz unas de otras”. Allí tocaba bien la trompeta y había sido incluido en la banda de música. Como alumno era aceptable en clases, pero insoportable después, cuando se convertía en uno de los líderes más destacados del grupo de los “peleones”.

Sus estudios secundarios empiezan, en 1939, en el afamado Colegio de Belén, en la Ciudad de La Habana, donde se gradúa en junio de 1945, como Bachiller en Letras y se distingue como un gran deportista. Para entonces ya practicaba la natación, el voleibol y el básquet con grandes aptitudes deportivas y premios y era un excelente capitán del club de exploradores del colegio. Un compañero de clases, José Ignacio Rasco, ha dicho del adolescente Fidel que “era muy bueno al béisbol, sobre todo como lanzador. En baloncesto era una buen defensa, aunque pretendía jugar de delantero, en cuyo caso el equipo perdía”. La institución era un centro escolar, que no admitía a estudiantes negros y donde estudiaban los jóvenes de la alta burguesía habanera. En sus predios, una casona inmensa,



Fidel Castro a los 16 años cuando era estudiante del Colegio de Dolores.

de altos techos, grandes ventanas puertas y columnas romanas, que soportaban aquella mole de concreto, la preparación escolar era superior y de sus claustros egresaban alumnos con un mayor nivel intelectual e inclinación por las letras, la astronomía, la filosofía, la botánica, el español y la literatura. Allí, Fidel —apodado con cariño y admiración por sus compañeros “el loco Fidel”— recibe una educación espartana y exigente, crucial en su formación intelectual y responsable de sus habilidades retóricas y discursivas posteriores. Sobre dicha etapa, ha opinado, recientemente, que “los jesuitas tienen una gran concepción de la organización, una inclinación por la disciplina militar. Saben formar el carácter de los muchachos. Si uno realiza actividades arriesgadas y difíciles, las ven como prueba de espíritu emprendedor y tenaz. No las desestimulan. (...) Saben inculcar el sentido del honor, saben apreciar el carácter, la franqueza, la

rectitud, la valentía de la persona y la capacidad de soportar un sacrificio”.

Su consejero espiritual, el padre Llorente, al despedir al ejemplar discípulo del Colegio de Belén, consigna en el libro de egresados unas palabras, que ya casi forman parte de la mística pueblerina y retratan premonitoriamente su personalidad: “Fidel Castro Ruz se ha distinguido siempre en todas las materias relacionadas con las letras. Excelente y de espíritu abierto, ha sido un verdadero atleta, que defendió con valor y orgullo la bandera del colegio. Supo ganarse la admiración y el cariño de todos. Cursará la carrera de Derecho y no dudamos que llenará de páginas brillantes el libro de su vida. ¡Fidel tiene madera y no faltará el artista!”.